

CIENCIA Y SUBJETIVIDAD EN LAS POETAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XX

José María BALCELLS
Universidad de León

Entre las distintas aportaciones que la poesía española escrita por mujeres ha realizado a finales del siglo XX, algunas son de naturaleza temática y han supuesto una original perspectiva respecto al enfoque de temas seculares en la tradición occidental, y en el conjunto de las letras hispánicas. Para probar nuestro aserto, hemos elegido uno de los varios pretextos susceptibles de ilustración. Estamos aludiendo al binomio ciencia y literatura, a propósito del cual recordaremos primeramente, aunque con brevedad, determinadas relaciones históricas establecidas entre el saber científico y el fenómeno literario, en especial la poesía.

De la Antigüedad al Siglo de Oro

En la cultura grecolatina se produjeron ya ligámenes entre la expresión poética y diversas materias de la ciencia, poniéndose aquella al servicio de ésta. En el mundo romano se darían distintos ejemplos paradigmáticos de esa función ancilar del verso con respecto a diferentes campos del conocimiento, y de ello son muestras muy célebres dos obras del siglo I a. de J.C. como *De Rerum Natura*, de contenido filosófico, y debida al poeta Tito Lucrecio Caro, y las *Geórgicas* de Virgilio, hexámetros relativos a la agricultura. Estos dos casos, y otros semejantes, pueden calificarse como poemas científicos, y constituyen por eso mismo composiciones de índole híbrida.

Algunos pueblos orientales también elaboraron textos de esa naturaleza, vertiendo a veces en el cauce del verso sus saberes matemáticos y astronómicos. Y tocante a las letras hispánicas de la Edad Media, no se olvide que se suelen incluir en las historias de la literatura, tanto la catalana como la castellana, obras de naturaleza científica, como por ejemplo los tratados astronómicos y astrológicos cuyo impulso autorial correspondió a Alfonso X el Sabio, aun cuando su valor literario sea muy escaso.

En el siglo XIII, los trovadores provenzales empezaron a denominar "Gaya Ciencia" a la poesía, incluyendo en ese concepto el sistema de normas y de técnicas susceptibles de ser empleadas en la creación de las composicio-

nes poéticas. Ramon Vidal de Besalú fue el pionero en elaborar un tratado acerca de la materia, y a él se debe también la fundación del Consistorio de la Gaya Ciencia, en la Tolosa del 1323.

El Arcipreste de Hita participaba de la idea de la poesía como ciencia rigurosa, al igual que otros autores del XIV y de la centuria siguiente. Juan Alfonso de Baena, recopilador del Cancionero que lleva su nombre, y en el que se recogen poemas creados entre el último tercio del XIV y la primera mitad del XV, identificó el arte poético a la "gaya ciencia", y por ende sostuvo que la poesía era objeto de estudio. Aún más: fue defensor de la necesidad de que los poetas fuesen entendidos en cualesquiera ciencias y artes.

Un pensamiento como el descrito hace que no extrañe el hecho de que un poeta como Juan de Mena pueda introducir en su *Laberinto de Fortuna* tantos datos de erudición geográfica, y hace asimismo que no extrañe tampoco la proliferación, en los cancioneros del XV, de las "preguntas y respuestas", un subgénero con varias ramificaciones temáticas, entre ellas la científica. En las coplas de esta índole, un poeta planteaba una determinada cuestión de un campo de la ciencia, mientras otro u otros habían de responderla en el mismo poema, y ateniéndose a los mismos consonantes.

En esa misma centuria a la que nos estamos refiriendo, procede recordar las aficiones paracientíficas de don Enrique de Villena, atípico personaje muy dado a la alquimia y a la nigromántica.¹

En la literatura española del Siglo de Oro iban a producirse propuestas a favor de realizar la que entonces se llamó "poesía científica", y Lope de Vega fue uno de los abanderados en el proyecto de imprimir tal rumbo a los poemas, sobre los que se postulaba que contuviesen voces procedentes de la técnica y de la ciencia.² Añádase que algunos textos del propio Fénix parecen contiguos a la poesía científica, aun cuando no se elaboraron con esa intencionalidad. Sería el supuesto, por ejemplo, de poemas como el celebrado romance "Hortelano era Belardo", en cuyo decurso se involucran nociones medicinales obtenidas a partir de una tradición nacida de la experiencia.³

Con todo, fue en el siglo XVIII cuando el recurso al factor científico en el lenguaje poético se constituiría en una pauta más frecuente y significativa, contribuyendo a crear de este modo un contraste con el léxico literario transmitido y consagrado por la tradición.

¹ Cf. Obdulio Fernández y Rodríguez. *La química en la literatura universal*. Madrid: Instituto de España, 1950, 42-3.

² Véase Ramón Menéndez Pidal. *El P. Las Casas y Vitoria, con otros temas de los siglos XVI y XVII*. Madrid: Espasa-Calpe, 1958, pp. 104 y ss.

³ Sobre esta cuestión, remitimos a la monografía de Miguel Ángel Teijeiro Fuentes *Lope de Vega, Belardo y su huerta. La mágica pervivencia de una tradición*. Mérida: Editora Regional de Extremadura, 1993.

Del XVIII al XX

El primer autor dieciochesco que en sus composiciones utilizó terminología científica, fue Ignacio de Luzán, quien estuvo muy al corriente de las modernas teorías de la ciencia de su tiempo, como se desprende especialmente del contenido de su composición "Juicio de París, renovado entre el Poder, el Ingenio y el Amor". Con todo, en sus versos no se cita sabio alguno. Más adelante, los ideales científico-progresistas vinculados a la Ilustración propiciaron que autores como Nicolás Fernández de Moratín acogiesen en alguna de sus composiciones los nombres de grandes celebridades de la ciencia, y así en su poema "La Diana o Arte de la Caza" (1765), son mencionados Malebranche, Bacon, Locke, Leibnitz y Newton.

Pero el poeta del Siglo de las Luces que concedió más relieve a la ciencia en su poesía fue Cándido María Trigueros. A este escritor se debe la obra, de tan expresivo título, *El poeta filósofo* (1774), en la que elogia a Newton, mientras en los versos de "La reflexión" hace el encomio de Gasendi, Descartes y Leibnitz, no sin referirse a sus logros en la investigación científica. J. Viera y Clavijo exalta la ciencia y sus hallazgos en su poema didáctico *Los aires fijos* (1780), y Meléndez Valdés iba a dejar constancia fidedigna, en su obra poética, de su alto aprecio de Newton, citando igualmente a otros descubridores, así Galileo, o Bacon. A su vez, Manuel José Quintana evocaría en una estancia la inteligencia de las grandes mentes de quienes, como Copérnico, Galileo y Newton, se propusieron desentrañar los enigmas del universo.⁴

Si en el siglo XVIII, como se ha señalado, los motivos científicos sirvieron como punto de inspiración para varios poetas, a partir de la siguiente centuria la ciencia fue perdiendo interés como pretexto poemático. Desde fines del siglo XIX, sin embargo, el industrialismo ocasionará que los autores adopten una actitud positiva, o en contra, de los avances tecnológicos.⁵ Ambas opciones se reflejan en la poesía de las décadas primeras del XX, y tanto en literatura española cuanto en letras regionales.⁶ En el referido perí-

⁴ Los datos relativos a la temática dieciochesca de carácter científico, se extraen del capítulo "Ídolos y tecnicismos científico-filosóficos", dentro del libro de Joaquín Arce *La poesía del siglo ilustrado*. Madrid: Alhambra, 1981, 292-314.

⁵ Sobre esta cuestión, se remite a la documentada monografía de Juan Cano Ballesta *Literatura y tecnología. Las letras españolas ante la revolución industrial (1890-1940)*. Valencia: Pre-Textos, 1999, 403. Cf. asimismo F. J. Díez de Revenga. "Literatura y tecnología: una visión de la vanguardia española", en *Monteagudo 5* (2000), 201 y ss.

⁶ En la poesía bable, por ejemplo, defendieron la industrialización y el desarrollo técnico autores varios. Cf. Miguel Ramos. *Sociedad y literatura bable (1839-1936)*. Madrid: Silverio Cañada, editor, 1982, 109 y ss.

odo influyó grandemente la propuesta revolucionaria de Marinetti, cuyo "Manifiesto del Futurismo" (1909) llamaba a exaltar la supremacía de un coche de carreras por cima de la canónica Victoria de Samotracia.

En los poetas españoles afectos al Vanguardismo se hallan no pocos cantos a la modernidad representada por los adelantos técnicos propiciados por la ciencia, lo que cabe ejemplificar en páginas de buen número de autores del ultraísmo. A título ilustrativo, citaremos al onubense Rogelio Buendía, quien dedicó diferentes composiciones a la tecnología médica y farmacológica.⁷

Buen número de poetas del 27 cultivaron también pretextos relacionables con la tecnología del momento. En este grupo tuvo una notable frecuentación la temática automovilística, muy reiterada en la obra poética de Jorge Guillén y de Pedro Salinas.⁸ Muchos más ejemplos *ad hoc* podrían alegarse al respecto. Recuértese el intento de Rafael Alberti de inspirar su poesía en la ciencia estadística.⁹ A partir de la segunda mitad de los años treinta, el interés suscitado por la temática del progreso descendió de modo considerable, y con él la repercusión que, salvo excepciones aisladas, iban a mantener los motivos científicos en la poesía.

Asentada la decadencia inexorable de los temas científicos a partir de la tercera década del XX, desde entonces la motivación hacia temas de esa naturaleza será excepcional. Entre las excepciones aisladas que pudieran invocarse, acaso una de las más significativas la constituya la complejísima obra poética de Antonio Gamoneda titulada *Libro de los venenos* (1995), una creación que parte del texto del traslado al castellano, con comentarios, que el humanista Andrés Laguna realizó de la obra médica del griego Dioscórides.

En su inclasificable *Libro de los venenos*, Gamoneda reescribe el discurso del autor renacentista a fin de resaltar los fulgores poéticos del léxico y de las expresiones concernientes al ámbito de la medicina de siglos pasados, un lenguaje que si ayer fue codificado como científico, hoy puede fascinar-nos como lenguaje poético al haber perdido la funcionalidad práctica que tuvo en otro tiempo.¹⁰

⁷ Véase Francisco Javier Díez de Revenga. *La poesía de Vanguardia*. Madrid: Ediciones del Laberinto, 2001, 67 y ss.

⁸ Cf. Arturo del Villar. *Autología Poética*. Madrid: Los libros de Fausto, 1988, 95 pp.

⁹ Véase Rafael Alberti. *Correspondencia a José María de Cossío*. (Seguido de *Auto de Fe* y otros hallazgos inéditos). Edición de Rafael Gómez de Tudanca y Eladio Mateos Miera. Valencia: Pre-Textos, 1998, 48.

¹⁰ Sobre esta obra gamonediana, cf. José María Balcells: "*Libro de los venenos* o la voz múltiple de Antonio Gamoneda", en su libro *De Jorge Guillén a Antonio Gamoneda*. León: Universidad, 1998, 229-37.

María Cegarra, precedente en los treinta

En el siglo XX será la escritura literaria de la mujer la que preferentemente va a valerse de diversos campos científicos como excusa poética. La primera de las obras que, al respecto, deben ser aducidas, es *Cristales míos* y fue elaborada por María Cegarra Salcedo (1905-1993).

Publicado el poemario en 1935, en él repercute la actividad profesional de la autora, que fue docente de química en la enseñanza secundaria. Dividido el libro en cuatro secciones, es en la tercera, "Poemas de laboratorio", donde se transluce su afición por la especialidad científica a la que dedicó sus afanes. Los poemas de esta sección son breves, y en ellos la poeta suele dejar constancia de las limitaciones de la ciencia frente a los valores que atesoran los seres humanos y frente a la belleza del mundo natural. Leamos las composiciones 71 y 73:

Hidrocarburos que dais la vida: Sabed, que se puede
morir aunque sigáis reaccionando; porque no tenéis
risa, ni aliento, ni mirada, ni voz. Solo cadenas.

* * *

La sonoridad de las ebulliciones y de los alambiques,
es como un viento sin mar y sin molinos.

Les falta actividad de velas agitadas de blancura¹¹.

Este punto de vista ya tuvo, en las letras hispánicas del XVII, un insigne precedente femenino en el desengaño de Sor Juana Inés de la Cruz con relación a las posibilidades de la ciencia humana para comprender el universo creado por Dios. Esa misma desconfianza de la monja del Barroco colonial la manifestará, con posterioridad a María Cegarra, una excelente poeta española de posguerra, Sagrario Torres (1923), quien descalificó los "presuntos" descubrimientos científicos, en concreto los astronómicos, en el soneto "Dios, hombre y ciencia", del que trasladamos sus dos estrofas iniciales:

Admiran infantiles, asombrados,
lo que descubre su sabiduría.
No saben que en celeste Orden del Día
ya estaban tantos "ultras" programados.

¹¹ Cf. María Cegarra. *Obra Completa*. Murcia: Editora Regional, 1987, 110 y 112.

Por los dioses falibles son guiados
hasta las puertas de la astronomía.
Ignoran que hay más alta escalera
para ascender con cuerpo desnudado¹².

Pero volvamos a María Cegarra. Cuarenta y seis años después de haber publicado *Cristales míos*, en 1981 la autora murciana de La Unión hizo estampar su segundo conjunto poético, *Desvarío y fórmulas*. Nótese que el título de esta obra contiene una contraposición, la que se da entre la rigidez del cálculo formulario y la llamada de lo poético como una especie de transtorno que escapa a la exactitud. Ambas opciones contrapuestas son vocativas, pero la primera resulta muy inferior a la segunda, en el sentir de María Cegarra Salcedo, que confiesa su preferencia por la poesía frente a la química, aun a costa de obtener mucha menos consideración social como poeta de versos que operando con fórmulas. Veámoslo en el siguiente poema:

¿Los símbolos son gemas, luz, estrellas?
¿Alumbran, queman, hieren?
Me envuelven, me aprisionan.
Hago lo que ellos mandan.
Siempre igual cada día.
Me obligan a decir lo que dijeron otros.
A repetir inventos en los que nada puse.
Mi creación es soñar y no la aceptan.
Mi pensamiento engaña y lo rechazan.
Y dentro de mi orilla, a escondidas, escribo
-para nadie-
lluvia, árbol, amor, amanecer, amigos...¹³

Ángela Vallvey

La poeta Ángela Vallvey (Ciudad Real, 1964) obtuvo en 1998 el premio Jaén de poesía con un libro de contenido enteramente atípico. Nos estamos refiriendo a *El tamaño del universo*, un conjunto en el que se contempla la ciencia astronómica desde una óptica poética. El título de la obra resulta ilustrativo de que el vocablo "universo" alberga la referencia a la astronomía, porque va precedido de la palabra "tamaño", alusiva a la medición cósmica.

¹² Este soneto pertenece al conjunto *Esta espina dorsal estremecida*. Madrid: Arbolé, 1973 (2ª), 39.

¹³ En *Obra Completa*, 140.

La tarea de medir no tiene básicamente sentido negativo en los versos de este libro, sino que *El tamaño del universo* nos transmite la convicción de que fue un impulso de raíz poética el que llevó a célebres hombres de ciencia al afán de conocer la geometría y los números comprendidos en las galaxias. La actividad de tales investigadores semeja, pues, a la del poeta. Así se desprende de la lectura de textos como, entre otros, “El mar verde de mi oscuridad”, “El matemático imperial”, “Las armonías del mundo”, y “At sea”.

En tales composiciones utiliza Ángela Vallvey un procedimiento literario que estuvo muy en boga entre los culturalistas de los setenta. Aludimos a la técnica de impostar la voz de los personajes históricos, en este caso investigadores científicos, haciéndoles decir el poema. En consecuencia, Albert Einstein sería quien habla en “El mar verde de mi oscuridad”; Tycho Brahe el que lo hace en “El matemático imperial”, y Joanes Kepler en “Las armonías del mundo”, siendo el capitán James Cook el locutor fingido en “At sea”.

La autora pone en labios de estos hombres de ciencia la expresión de diversos sentimientos poéticos, reveladores de que sus mentes respectivas traducían su espíritu lírico a la par que su obsesión científica. Einstein asegura, al término de su parlamento, que “las estrellas siguen siendo lo mejor/ que pudo habersele ocurrido/ al cielo de la noche”.¹⁴ A su vez, Brahe concluye su discurso afirmando, respecto a los mundos que describe, que los pinta “...lo mismo que si fueran/ girasoles o niñas, o tuvieran un cuerpo y esperanza, como/ si ellos también me amaran”¹⁵. De dos fragmentos consta “Las armonías del mundo”, composición en la que, apoyándose en el epitafio de Kepler, Ángela Vallvey recrea la sentencia que en él figura, haciendo que el poema concluya con la siguiente confesión, atribuida al científico: “huésped extraño de la vida/ durante mi existencia/ pude, a pesar de todo, medir los cielos,/ el espíritu, y ahora mido las sombras/ y reposo en la tierra”¹⁶. Finalmente, al marino James Cook se le hace autor de versos bellísimos en el poema “At sea”, donde leemos: “El planeta nos pareció una gota de sangre que temblaba/ en la punta del dedo de una mujer hermosa...”¹⁷

Frente a los referidos poemas, en los que hemos comprobado cómo la vocación de ser contador brota de un ansia asimilable a un hontanar poético, en *El tamaño del universo* asoman también, no obstante, ciertas reservas respecto a la valía de los cómputos. En este sentido hay que aducir el texto “El contador de arena”, el ya mencionado “At sea”, y el fragmento segundo de “El cielo de Einstein”.

¹⁴ En Ángela Vallvey. *El tamaño del universo*. Madrid: Hiperión, 1998, p. 22.

¹⁵ *Ibidem*, 23.

¹⁶ *Idem*, 25.

¹⁷ *Id.*, 40.

En la primera de estas tres composiciones, el hablante impostado es Karl Friedrich Gaus, a quien se hace reconocer, al fin de su disquisición acerca de sus grandes facultades contables, la inutilidad de los resultados por ellas obtenido, si no se consigue, pese a tanto esfuerzo, la compensación económica necesaria para sobrevivir. El discurso del capitán Cook en "At sea" se dirige a un oyente que antepone, a las metas científicas de la expedición oceánica, la querencia de las mujeres y del alcohol. Por este motivo, el hablante compara la actitud de su innominado interlocutor con la de un personaje que postulaba que sólo entregándose a la bebida ardiente (ron, whisky de centeno), puede lograr el hombre la situación anímica idónea para medir la distancia del planeta Tierra al Sol.

Nótese que esta osada opinión niega el perfil tópic de un científico que esquivaba la vorágine del vivir y reivindicaba, por el contrario, el disfrute del sexo opuesto y de dos bebidas alcohólicas paradigmáticas como garantes psicológicos del logro, del avance en la ciencia. Y en el tercero de los textos aludidos, el fragmento segundo de "El cielo de Einstein", la relativización del valor de los datos científicos se efectúa contraponiendo la inexorable exactitud de los mismos al deseo de un mundo no regido por constataciones empíricas incontrastables, sino por su superación:

No olvido lo que
me dices a menudo: dos más dos
no han sido nunca cinco.
No olvido esa verdad,
pero cuánto, cuánto me gustaría
que fuese el resultado
no cuatro, sino cinco.¹⁸

María Eloy-García

María Eloy-García (Málaga, 1972) es autora de una buena porción de poemas pretextados por la ciencia y por la técnica. Su libro *Diseños experimentales* (1997) contiene una parte primera, titulada "Del exterior", en cuyas veinticinco composiciones se emplean vocabulario y fraseología jergal característicos de diversas disciplinas cursadas en distintos planes de estudios superiores. La utilización de los diferentes lenguajes específicos tiene casi siempre propósito paródico, y las llamadas ciencias humanísticas o del espíritu no quedan a salvo de la misma crítica punzante a la que somete a las tradicionalmente conocidas como ciencias exactas y experimentales.

¹⁸ *Id.*, 46.

Ocurre que en esta obra son desestimadas tanto las pesquisas filológicas cuanto las realizadas en física o termodinámica; tanto los conceptos teológicos como los saberes astronómicos, o las cultísimas nomenclaturas botánicas. La razón básica de este desmerecimiento de la ciencia radica en que los datos logrados por los afanes científicos son de índole formalista, y por eso precisamente pertenecen a un ámbito contrapuesto a las preocupaciones y ansias más inmediatas del vivir cotidiano del común de la gente.

El punto de vista que nos transmite la hablante poemática presenta, así pues, la oposición entre los impulsos vitales más corrientes y los saberes formalísticos cuantitativos, eruditos y académicos. Estos gozan de gran consideración en el orden societario establecido, y sin embargo importan tan poco a la yo textual que esta no duda en afirmar, en el poema "Ciencias": "No sé calcular el trabajo que realiza una fuerza, / me importa una mierda la ley de Lavoisier".¹⁹ Al término de la composición, sabemos el por qué de ese menosprecio hacia la referida ley de cálculo:

... Aunque supiera
que energía cinética era todo lo que correría
la estúpida vagoneta hasta estrellarse,
en realidad me interesaba más
quién coño la empujaba y por qué se dedicaría
a mover vagonetas cinéticas con cierta fuerza de julios²⁰.

Es el hombre, y no la ciencia en sí, la que preocupa, y esa es la clave de pensamiento de los demás textos de la serie, en los que también se hace eco la autora de la inexorable infiltración tecnológica y científica en la vida, para declarar inmediatamente la primacía de ésta. El final del poema "Informática" resulta ilustrativo al respecto: se hace uso del lenguaje típico del campo de los ordenadores para desautorizarlo con una expresión coloquial malsonante que refleja el estado de ánimo agresivo y vitalista que, en su virtud, cuestiona radicalmente el máximo emblema de la sociedad de la información:

Quiero con 32 megas de memoria
y ni mi inteligencia artificial,
ni mis circuitos integrados
pudieron con tu sistema operativo

¹⁹ En María Eloy García. *Diseños experimentales*. Málaga: Ayuntamiento, 1997, 13.

²⁰ *Ibidem*.

y saliéndome del esquema
te mandé a la mierda²¹.

El segundo conjunto poético de María Eloy-García es el titulado *Metafísica del trapo* (2001), y en él subsisten rasgos del poemario precedente, pero en la sección última se recogen cuatro creaciones que abundan en un tipo de pretexto que tan solo había aparecido una vez en *Diseños experimentales*, en concreto en las líneas de “Guía práctica de usuarios de una órbita”. En esa composición, el procedimiento consistía en remedar, con inusitada fidelidad, el léxico y frases de una esfera técnico-científica, y en esa línea se inscribirán los textos epilogales de *Metafísica del trapo*.

Esos textos son de ambigua lectura, pues pueden ser descifrados, en mi opinión, desde dos enfoques: desde las burlas y desde las veras, desde la parodia y desde un ángulo no paródico. Reproduzcamos una de las composiciones como apoyo para desarrollar nuestra hipótesis. Titulado “Acerca de la neurocomputación”, el texto dice así:

cada neurona posee una cabellera de dendritas
extensiones tubulares finas que se ramifican
arborescencia alrededor del cuerpo celular/
el axón de muchas neuronas
está rodeado por una cubierta de mielina
entre un segmento de cubierta y el siguiente
quedan pequeñas regiones desnudas de la membrana del axón
conocidas como nódulos de ranvier
focos de gran actividad eléctrica²²

Debajo, la autora pone entre paréntesis la aclaración “libro sobre informática”, no para indicarnos que el texto procede literalmente de un texto de tal naturaleza, sino para que sepamos que es de un escrito de esa especie de donde proceden los materiales lingüísticos de que se ha valido en las nueve líneas que hemos transcrito. Pese a ser manifiesto el origen del lenguaje de “Acerca de la neurocomputación”, la duda interpretativa permanece, porque ese poema es susceptible de ser conceptualizado como burlesco, o como poema sin ironía alguna.

Si se lee según la primera posibilidad, habrá que entender que en el trasfondo textual se mofa la hablante de las larguísimas investigaciones de laboratorio que ha requerido llegar a describir tan puntualmente un elemento in-

²¹ *Idem*, 18.

²² Cf. María Eloy-García. *Metafísica del trapo*. Madrid: Torremozas, 2001, 42.

formático dado. Una lectura realizada desde esa vertiente tiene la virtud de situarse en consonancia con el posicionamiento esencial del locutor que advertíamos en *Diseños experimentales*.

Empero, también resulta hacedera una lectura efectuada desde el prisma con que Antonio Gamoneda focalizó el lenguaje del *Dioscórides* de Andrés Laguna. Porque, evidentemente, algunas de las líneas de "Acerca de la neurocomputación" no parecen estar exentas de virtualidades poéticas, como ocurre, por ejemplo, con la del principio ("cada neurona posee una cabellera de dendritas"), o con la línea tres ("arborescencia alrededor del cuerpo celular"). A quien esté habituado a leer poesía, no ha de costarle reconocer que en demasiados poemas nos encontramos con versos que nos dicen bien poco, pero en cambio su calidad textual es inferior a la que nos ha propiciado la manipulación operada por María Eloy-García en un libro acerca de la informática.

Otras autoras

En este epígrafe nos referiremos aún a varias poetas que, en las décadas finales del siglo XX, y en distinta medida, se han hecho eco en sus versos de la ciencia y de la tecnología. Términos correspondientes a la medicina se emplean en el conjunto de Isla Correyero (1957) *Diario de una enfermera* (1997), pero la cordobesa Lola Salinas (1955) recaba preferente atención respecto al uso del vocabulario científico en su obra, toda vez que un sello inequívocamente distintivo de la misma radica en la erudita presencia en sus versos de una amplísima gama de conocimientos muy precisos de Botánica.

Añadamos todavía que más poetas han incluido en sus libros, ya en los años del cambio de siglo y de milenio, poemas sobre prestaciones informáticas que ya se han convertido en útiles cotidianos. El correo electrónico se ha introducido en la vida diaria de modo inusitado, y posibilita en cantantes²³ y en poetas un enfoque nuevo y actual de la temática amorosa. Tina Suárez (Las Palmas, 1971) compuso un atractivo texto al respecto, "Nuevas aventuras en los confines de la Internet", un texto en el que cohabitan los lenguajes del universo de la red y el tan romántico de los corsarios. He aquí los versos de que se compone la primera estrofa:

quiero un internauta
de pata de palo que navegue

²³ Un conocido grupo de pop español, "Camela", editó con gran éxito en 2001 su compacto "Amor.com", que debe su título precisamente a la canción así titulada, y que está referida a un amor que nace y se desarrolla chateando en el ciberespacio.

incansable por los mapas temáticos
de la ciencia moderna un galante
filibustero de la avanzada informática
un anónimo corsario que a eso
de la madrugada fondee la calma chicha
de mi pantalla acuosa
un cálido long
john silver un dulcísimo barbarroja
de singladura electrónica
y calavera exultante alguien
que sepa cumplir de la piratería
amatoria las ordenanzas²⁴

De esta composición se desprende que la informática no solo no impide, sino que incluso puede potenciar la aventura erótica. A su vez, a la poeta cordobesa María Rosal (1961) le debemos la elaboración del poema "E-mail", donde se reincide en esa insólita nueva manera de relación amorosa, gracias precisamente al correo informatizado. La estrofa central de la composición dice así:

Escribe con mayúsculas los besos
y acaricia su cuerpo en letras de colores.
No hay temor al contagio.
Tan sólo su locura me estremece
y yo se la devuelvo
en megabytes desordenados,
-ebria de amor,
ya libre-, acariciando
mi sistema binario desbocado,
mis ventanas al viento con el alba,
el CD Rom tan terso, la memoria...²⁵

Reflexión epilodal

Puede afirmarse, a modo de conclusión, que tanto Ángela Vallvey como María Eloy-García nos han proporcionado sendos ejemplos de coincidencia en la poetización de una temática insólita en la poesía española finisecular,

²⁴ En Tina Suárez. *Una mujer anda suelta*. Ayuntamiento de Torredonjimeno, 1999, 34.

²⁵ En María Rosal. *Ruegos y preguntas*. Avilés: Ayuntamiento, 2001, 47.

una temática que no se apoya en una tradición poética inmediata, siendo los pretextos científicos de María Cegarra un precedente tan aislado como original en su tiempo.

Y puede afirmarse también que se evidencian sensibles semejanzas en el punto de vista de las tres autoras citadas ante la ciencia. Tales semejanzas, plasmadas en un lenguaje literario bien distinto, y que en María Eloy-García alcanza una gran radicalidad, se basan en expresar una parecida desestima de los datos científicos en sí mismos, y se basan igualmente en la reivindicación de la primacía de valores como la belleza natural (Cegarra), la subjetividad (Vallvey), y la premura de instancias personales perentorias (Eloy-García).

Sin embargo, hemos apuntado igualmente cómo distintas poetas, sin abogar por la ciencia ni por las herramientas tecnológicas, y sin decantarse por la plasmación de conflictos entre la ciencia y los valores metafísicos y éticos, valoran como positivas las virtualidades del fenómeno científico y técnico introducido en la sociedad contemporánea, uno de cuyos exponentes es el e-mail, o simplemente lo aceptan con entera normalidad, como un hecho ya cotidiano²⁶.

²⁶ Así en el poema de Eloísa Otero "Cuando por fin logro establecer comunicación", perteneciente a su libro *Tinta prieta*. León: Col. Provincia CXVIII: Instituto Leonés de Cultura, 1999, 47-8.